



V.

**E**L señor Hennebeau se había asomado á la ventana de su despacho para ver salir el carruaje que llevaba á su mujer á Marchiennes, pasando antes por casa de Gregoire y de Deneulin, donde debía recoger á Cecilia, Lucía y la hermana de ésta. Con la vista siguió un momento á Negrel, cuyo caballo trotaba á la portezuela del coche, y luego fué tranquilamente á sentarse á su mesa de despacho. Cuando su mujer y su sobrino se ausentaban, la casa parecía desierta. Precisamente aquel día el cochero guiaba el carruaje de la señora; Rosa, la doncella, tenía permiso para salir hasta las cinco de la tarde, y no quedaban en la casa más que Hipólito, el ayuda de cámara, que estaba limpiando perezosamente las habitaciones, y la cocinera, á vueltas, desde el amanecer, con sus guisados y con sus cacerolas, y en-

tregada á los preparativos de la comida que daban aquella tarde los señores á sus amigos. Así es, que el señor Hennebeau se prometía trabajar mucho, y aprovechar el tiempo, en medio de aquel silencio y de aquella tranquilidad.

A eso de las nueve, aun cuando le habían dado orden de no recibir á nadie, Hipólito se permitió anunciar á Dansaert, quien decía tener noticias graves que comunicar al director. Entonces supo éste la reunión celebrada la víspera en el bosque de Vendome; y los pormenores eran tales, que escuchaba al capataz con una ligera sonrisa, pensando en los amores de éste con la mujer de Pierron, tan públicos, que dos ó tres anónimos por semana llegaban á sus manos, denunciándole los excesos del capataz mayor: evidentemente el marido había hablado, y aquella policía oía á policía de alcoba. Aprovechó la ocasión para indicarle que lo sabía todo, y que se contentaba con recomendarle la mayor prudencia, á fin de evitar un escándalo que le pusiese en el caso de tomar alguna determinación desagradable. Dansaert, asustado por aquel regaño, seguía dando noticias y negando torpemente, mientras su descomunal nariz confesaba el crimen, poniéndose muy colorada. Por lo demás, no insistió mucho en sus negativas, satisfecho de salir del paso á tan poca costa, porque, de ordinario, el director se mostraba de una severidad implacable cuando algún empleado se permitía el lujo de galantear á alguna mujer guapa de la familia de un

minero. Continuó la conversación acerca de la huelga, y ambos interlocutores convinieron en que la reunión de la víspera no pasaba de ser una nueva fanfarronada sin serias consecuencias. De todos modos, creía que los barrios de obreros no se mezclarían en la cuestión, aquel día por lo menos, á causa de la impresión que en ellos habría producido el paseo militar de por la mañana.

Esto no obstante, cuando el señor Hennebeau se vió nuevamente solo, estuvo á punto de poner un telegrama al gobernador; mas el temor de dar inútilmente aquella prueba de inquietud le contuvo. Ya no se perdonaba su falta de previsión, diciendo en todas partes y escribiendo á los señores de la Compañía que la huelga no podía durar arriba de un par de semanas. Con gran sorpresa suya duraba ya más de dos meses, lo cual le desesperaba, porque se veía cada vez más comprometido, cada vez más en peligro de perder la confianza de sus superiores, cada vez más en la necesidad de dar un golpe de efecto. Había pedido instrucciones á sus jefes para el caso de un alboroto en regla, y esperaba la respuesta por el correo de aquel día. Pensaba que cuando llegase éste sería tiempo de expedir telegramas para que las minas fuesen ocupadas militarmente, si tal era la opinión de aquellos caballeros. Según él, semejante medida produciría, de seguro, una colisión sangrienta, la responsabilidad de la cual le abrumaba de tal modo, que le hacía perder su habitual energía.

Hasta las once trabajó tranquilamente, sin que en la casa, desierta y silenciosa, se oyese más ruido que el de la escoba de Hipólito, que allá, en el otro extremo del hotel, debía estar limpiando alguna habitación. Luego recibió dos despachos, el primero anunciándole que los huelguistas de Montson habían invadido á *Juan-Bart*; y el segundo, dándole cuenta de los destrozos ocasionados por ellos en aquella mina. ¿Por qué habrían ido á la de Deneulin, en vez de pegarla con una cualquiera de la Compañía? Pero, en fin, después de todo, tal noticia no era para disgustarle, porque contribuiría á que se realizasen los planes que de antiguo tenía la Sociedad de Montson, acerca de las minas de Vendome.

Y á las doce almorzó, solo, en el magnífico comedor, servido en silencio por su criado, á quien no oía siquiera andar, porque estaba en zapatillas. La soledad aumentaba las preocupaciones, que, sin saber por qué, le atormentaban aquella mañana, cuando un capataz que llegaba con la lengua fuera, como se dice vulgarmente, entró á darle parte de que los huelguistas se dirigían á *Mirou*. Casi en seguida, hallándose tomando el café, un telegrama le anunció que estaban amenazadas también *La Magdalena* y *Creveceur*. Entonces su perplejidad fué extraordinaria. El correo no llegaba hasta las dos; ¿debería pedir el auxilio de las tropas sin aguardar la respuesta del Consejo de Administración? ¿No sería mejor tener un poco de paciencia,

y obrar de acuerdo con las instrucciones que recibiese? Volvió á su despacho, y quiso leer una comunicación que por encargo suyo debía haber dirigido Negrel el día antes al gobernador. Pero no pudo encontrarla, y suponiendo que acaso el joven la habría dejado en su cuarto, donde algunas noches trabajaba antes de acostarse, subió á la habitación de su sobrino con ánimo de buscar aquel papel.

Al entrar en ella, el señor Hennebeau tuvo una sorpresa: el cuarto no estaba arreglado todavía, sin duda por olvido ó por pereza de Hipólito, que, á causa de la salida de la criada, estaba solo aquel día para limpiar toda la casa. Reinaba en la habitación ese calorcillo de toda una noche durante la cual no había sido apagada la estufa, y se notaba un olor de perfume fuertísimo, que supuso salía de la cubeta de las aguas de lavarse, que estaba todavía allí. La habitación se hallaba en el mayor desorden: ropa por todas partes, toallas húmedas echadas en los respaldos de las sillas, la cama deshecha, y una sábana caída, arrastrando por la alfombra. En el primer momento no tuvo para todo aquello más que una mirada indiferente y distraída; y dirigiéndose á una mesita que había delante del balcón, y que estaba llena de papeles, empezó á buscar el borrador que necesitaba. Por dos veces miró uno á uno todos los papeles; decididamente no estaba allí. ¿Dónde diablos lo habría metido aquel cabeza de chorlito?

Y cuando el señor Hennebeau buscaba con la vista en cada uno de los muebles, vió en la deshecha cama un objeto extraño que brillaba y que le llamó la atención. Maquinalmente se aproximó á él, y extendió la mano. Era un botecito de oro, que se hallaba entre dos pliegues de la arrugada sábana. En seguida advirtió que era un botecito de éter de la señora de Hennebeau, quien jamás se separaba de él. Pero aún no comprendía de qué modo aquel objeto podía haber ido á parar á la cama de Pablo. De pronto se puso pálido como un muerto: adivinó que su mujer había dormido allí.

—Perdonad—murmuró la voz de Hipólito, que se asomaba á la puerta;—he visto subir al señor...

El criado entró, y quedó consternado al ver el desorden que reinaba en el cuarto.

—¡Dios mío, es verdad que no había arreglado aún la habitación del señorito Pablo! ¡Es claro! ¡como Rosa se ha ido, dejándolo todo á cargo mío!...

El señor Hennebeau, que había escondido el botecito en una mano, le estrujaba furiosamente.

—¿Qué queréis?

—Señor, otro hombre que desea veros... Viene de *Crevecœur*, y trae una carta.

—Bueno; dejadme. Decidle que espere.

¡Su mujer había dormido allí! Después de correr el cerrojo por dentro, abrió la mano, y contempló el botecito, que había dejado impresa su huella en la carne. De pronto lo comprendió todo, se lo explicó todo; tal infamia venía ocurriendo hacia me-

ses en su casa. Recordó su antigua sospecha, el crujir de puertas y el ruido de pasos por la mullida alfombra. Sí, ¡eran los de su mujer, que subía á dormir allí!

Caído sobre una silla cerca de la cama, que contemplaba con expresión de idiota, permaneció mucho rato como anonadado. Un ruido le sacó de su ensimismamiento: llamaban á la puerta. Era Hipólito otra vez.

—¡Señor!... ¡Ah! ¡el señor está encerrado!...

—¿Qué hay?

—Parece que la cosa urge, y que los obreros lo destrozan todo. Abajo hay otros dos hombres esperando. También han llegado varios telegramas.

—¡Id al diablo!... ¡Ahora bajaré!

La idea de que Hipólito se hubiese encontrado el botecito de éter en aquel sitio, si hubiese hecho la cama por la mañana, le llenaba de espanto. Es verdad que aquel criado debía saberlo todo; que veinte veces habría encontrado aquella cama caliente todavía del adulterio; que habría visto cabellos de su mujer esparcidos por la almohada, y huellas abominables manchando las sábanas. Indudablemente insistía tanto en subir ahora, por pura mala intención. Quizás alguna vez habría estado allí mirando por el agujero de la cerradura y bañándose en agua de rosas al pensar en la deshonra de su amo.

El señor Hennebeau quedó inmóvil nuevamente. Se había vuelto á dejar caer sobre la silla, y no

apartaba su mirada de aquella maldita cama. Todo su largo pasado de desventuras acudió á su mente: su matrimonio con aquella muchacha, su inmediata separación moral y material, los amantes que ella había tenido sin que él lo sospechase, el otro que le había tolerado durante diez años, como se tolera á una enferma un gusto inmundado. Luego recordaba su llegada á Montson, su esperanza loca de verla curada, los meses de languidez y aburrimiento en aquel destierro, y, por fin, la proximidad de la vejez que se la iba á devolver. Luego llegaba su sobrino, aquel Pablo de quien ella se convertiría en madre cariñosa, al cual hablaba de su corazón muerto y enterrado en cenizas para siempre. Y él, marido imbécil, no prevenía nada, adoraba á aquella mujer que era la suya, que otros hombres habían poseído, que solamente él no podía tocar; la adoraba con vergonzosa pasión, hasta el punto de caer de rodillas á sus piés, sólo porque le diese las sobras de los demás. ¡Y esas sobras se las daba ahora su sobrino!

En aquel momento, un campanillazo que sonó á lo lejos hizo estremecer al señor Hennebeau. Lo conoció en seguida: era la señal que, según sus órdenes, hacían siempre á la llegada del cartero. Se levantó, habló en voz alta, dejando escapar insultos groseros que á su pesar salían á borbotones por entre los apretados labios.

—¡Ah! ¡Qué mé importan, qué me importan esos telegramas y esas cartas!—murmuró.

Estaba furioso; deseaba tener allí una cloaca donde enterrar tanta suciedad. Aquella mujer era una infame canalla, y buscaba palabrotas que dirigirle como para insultarla de un modo mortal. El recuerdo brusco de la boda que entre Pablo y Cecilia Gregoire perseguía ella con la sonrisa en los labios, acabó de exasperarlo. De modo que en el fondo de aquella terrible sensualidad no había ni la excusa de la pasión, ni celos siquiera. No se trataba evidentemente más que de la necesidad de un hombre, de un recreo buscado como se busca un postre al que uno se acostumbra. Y Hennebeau la acusaba de todo, casi disculpaba al sobrino, en el cual había mordido ella, en aquel despertar de su apetito desenfadado, como se muerde en una fruta verde robada en un camino. ¿A quién se comería, á dónde iría á parar cuando no encontrase sobrinos complacientes, bastante prácticos para aceptar de su familia mesa, cama y mujer?

Volvieron á llamar tímidamente á la puerta, y la voz de Hipólito, que se permitió decir por el agujero de la cerradura:

— Señor, el correo... Y también ha vuelto el señor Dansaert, quien asegura que andan matando gente por ahí.

— ¡Ya voy, vive Dios!

¿Qué haría? Echarlos á la calle cuando volviesen de Marchiennes, como se echa á dos bichos asquerosos que no quiere uno tener en su casa. Sí, decididamente los insultaría, prohibiéndoles penetrar

más en el hotel. El aire de aquel cuarto estaba emponzoñado por sus suspiros, por sus alientos confundidos; el olor sofocante que advirtiera al entrar, era el olor que exhalaba el cuerpo de su mujer, aficionada á los perfumes fuertes, que eran en ella otra necesidad carnal; y notaba el calor, el olor del adulterio vivo, que se delataba en todas partes, en las aguas del lavabo, en el desorden de la cama, en los muebles, en la habitación entera apestada de vicio. El furor de la impotencia le lanzó contra la cama, á la cual empezó á dar puñetazos con verdadero frenesí, ensañándose contra aquellas ropas arrugadas por una noche entera de amor.

Pero de pronto le pareció oír á Hipólito, que subía de nuevo, y la vergüenza le contuvo. Aún permaneció allí un momento, enjugándose el sudor de la frente, procurando tranquilizarse, y hacer que le latiese con menos violencia el corazón. En pie, delante de un espejo, contemplaba su rostro tan descompuesto y tan lleno de dolor y de furia, que él mismo no lo hubiese reconocido. Luego, cuando hubo logrado calmarse un poco por un esfuerzo supremo de la voluntad, bajó lentamente la escalera.

Abajo le esperaban cinco emisarios, sin contar á Dansaert. Todos le llevaban noticias de una gravedad terrible acerca del giro que iba tomando la huelga; y el capataz mayor le relató con muchos pormenores lo sucedido en *Mirou*, donde no se habían cometido excesos, gracias á la actitud del viejo Quandieu. El señor Hennebeau le escuchaba,

asintiendo con un movimiento de cabeza; pero no le comprendía, porque su espíritu todo se había quedado allá arriba, en la alcoba de su sobrino. Al cabo de un instante los despidió, diciéndoles que adoptaría las medidas necesarias. Cuando se vio solo, y de nuevo sentado ante la mesa de despacho, pareció ensimismarse, con la cabeza entre las manos, y tapándose los ojos. Como estaba allí el correo, se decidió á buscar la carta que estaba esperando, la respuesta del Consejo de Administración, cuyas letras parecieron danzar á su vista. Pero al fin pudo leer, no sin alguna dificultad, y creyó que aquellos señores deseaban una algarada: ciertamente no le decían que empeorase la situación; pero dejaban traslucir su parecer de que los disturbios y trastornos, cuanto más escandalosos, mejor acabarían la huelga, provocando una reprensión enérgica. Desde aquel momento, ya no vaciló; envió telegramas á todas partes, al gobernador de Lilla, al jefe de las tropas acantonadas en Douai, al comandante de la gendarmería de Marchiennes. Aquello era un consuelo, porque nada tenía que hacer más que encerrarse, para lo cual hizo circular el rumor de que estaba indispuerto. Y toda la tarde se escondió en su despacho, sin recibir á nadie, limitándose á leer los telegramas y las cartas que seguían llegando por docenas. Así fué que pudo seguir paso á paso los movimientos de los huelguistas, yendo desde *La Magdalena* á *Crevecœur*, de *Crevecœur* á *La Victoria*, de *La Victoria*

á *Gastón-Maria*. Por otro lado, recibía noticias del error de los gendarmes y dragones, los cuales, engañados por la gente del campo, iban siempre en dirección contraria á la que seguían los revoltosos. El señor Hennebeau, á quien tenía sin cuidado que se hundiese el mundo y que se matara la humanidad entera, había vuelto á dejar caer la cabeza entre las manos, abismado con el silencio profundo que reinaba en la desierta vivienda, donde sólo de cuando en cuando percibía el ruido que con las cacerolas hacía la cocinera, ocupadísima en preparar la comida para aquella tarde.

Ya el crepúsculo oscurecía la habitación; serían las cinco, cuando un estruendo espantoso estremeció al señor Hennebeau, que continuaba con los codos encima de los papeles, silencioso, inmóvil, inerte. Creyó que llegaban ya los dos miserables. Pero el tumulto aumentaba; estalló una gritería espantosa, terrible, imponente, y en el instante en que se asomaba á la ventana, oyéronse gritos de:

—¡Pan, pan, pan!

Eran los huelguistas que invadían á Montson, mientras los gendarmes, creyendo en un ataque contra *La Voreux*, galopaban de espaldas adonde hacían falta, para ocupar militarmente la referida mina.

Precisamente á dos kilómetros de las primeras casas, un poco más allá del sitio donde cruzaban la carretera y el camino de Vendome, la señora de Hennebeau y las señoritas á quienes acompañaba, acababan de ver pasar las turbas de huelguistas